CURIOSIDADES

UN GRAVE ERROR

Ahora que, con motivo del sorprendente eclipse de sol que afortunadamente hemos podido presenciar, están á la orden del día los asuntos, estudios y cuestiones astronómicas, merece la pena de recordarse como sumamente curiosa la discusión sostenida hace bastantes años (unos treinta), entre Laprince, el ilustre investigador de la *Vía Lactea*, y James Day, el observador de Marte, acerca de un «gravísimo error» cometido en los cálculos del segundo de dichos astrónomos, referentes al paso de Venus por el sol.

Esta discusión, que dió motivo á que los astrónomos del mundo se dividiesen en dos bandos, según se mostraron conformes ó no con los juicios de Laprince, llegó á revestir en algunas ocasiones caracteres tan apasionados, que más de uno de aquellos sabios estuvo á punto de venir á las manos con alguno de sus apreciables colegas.

¿Cuál pudo ser la importante causa que movió á tanto ilustre y respetable sabio á perder su seriedad? Pues un error en los cálculos, que consistía en la *enorme* cantidad de una cienmilésima de milésima de segundo dividida por 38.

Ni aun acudiendo á los más privilegiados pensamientos humanos ni á las imaginaciones más idealistas se puede formar idea, ni siquiera aproximada, de lo que es esa insignificantísima cantidad representada por una sola cifra precedida de muchos ceros.

En algún tiempo pudo ser una verdad el adagio de que nada valen los ceros á la izquierda; pero en la ciencia moderna—no ya en la actual, donde sobre ellos giran grandes y transcendentales problemas—un solo cero á la izquierda de un número puede hacer cambiar por completo todos los datos de la solución de un problema científico.

Buen ejemplo de ello es el mismo interesante asunto que origina estas ligeras consideraciones. En efecto, aquel error, que *existía realmente* en los trabajos de Day y que fué puesto de manifiesto al ser comprobados por el gran Laprince, comprobación que hubo de llevarle mas de dos meses, y conviene tener en cuenta que Laprince era de los más rápidos en las operaciones, resultaba al siglo una diferencia de cerca de un día, ó sean cuarenta y ocho horas.

Como se desprende de aquí, esta equivocación alteraba por sí sola todos los cálculos de eclipses, pasos de astros por el sol, etc., y en suma, cuantos nuevos cálculos astronómicos se hiciesen sobre aquél dándole por seguro.

Afortunadamente, cuando un sabio se equivoca, siempre hay otro que rectifica su error, y la astronomía ha demostrado que es hoy la más exacta y perfecta de las ciencias humanas.

Dijimos que Laprince era rápido en sus operaciones matemáticas, y aunque actualmente existen algunos que, como él, suman de diez en diez cifras, multiplican hasta cinco cifras de memoria y dividen otras tantas, haciendo mentalmente la operación, como así las de extraer raíces y conocer logaritmos, ninguno llegó á retener tantos—unos dos mil—como retuvo el gran cerebro de Laprince.



¡TODO A BABOR! (Cuadro de Alvarez Sala.)

Véase con lo dicho, cómo una cienmilésima de milésima de segundo, partida por 38, puede resultar un día... ó un siglo.

Ptolomeo.

CUENTOS BREVES

UNA HISTORIA DE AMOR

En frente de mi casa, al otro lado de la calle se abren tres ventanas que han atraído muchas veces mis miradas y excitado mi curiosidad en las horas de ocio. En medio de aquella fachada despintada y vulgar, parecen aquellas ventanas un jardín colgado. Las macetas, en línea de batalla, se lanzan unas á otras sus ramas más largas, que en verano trepan hasta lo último y forman un nido de follaje, en el cual cantan, encerrados en sus jaulas de hierro y de mimbres, una porción de pájaros charlatanes, ruidosos y disputadores.

En aquel cuadro de verdura aparecen dos cabezas blancas, dos cabezas de ancianos. Todas las mañanas, al abrir las persianas, veo al viejecito mondando, limpiando, regando sus plantas. Poco después llega la anciana, limpia con su inmaculada gorrita blanca, tan blanca como sus cabellos. Las jaulas son descolgadas por sus manos para limpiarlas y surtirlas de clarísima agua y abundante grano.

Y así transcurre la mañana en esa dulce intimidad de los viejos, de los pájaros y de las flores. Todos los días, á la misma hora, salen juntos los dos ancianos, apoyándose mutuamente, sonriéndose el uno al otro, mientras ajustan las cuentas de los tiempos pasados.

Tuve la indiscreción de seguir sus temblorosos pasos; los vi dirigirse á la plaza de la Trinidad, buscando en el invierno el sol y en el verano un rinconcito de sombra. El viejo sacaba de su bolsillo un buen trozo de pan, y todos los pajarillos de las cercanías venían á revolotear á su lado. La vieja sonreía á los niños rubios y sonrosados, jugando con ellos y besándolos cuando los tenía á tiro.

Instinto encantador de los que ya son muy viejos, que no gozan más que con los muy pequeños, muy sencillos y muy puros.

En las hermosas tardes de Mayo, al anochecer, volvía á verlos en el marco verde de sus ventanas, y no pocas veces un indiscreto rayo de luna me los descubrió inclinándose el uno hacia el otro, besándose como dos enamorados.

Como el hombre ha nacido curioso, muy á menudo me preguntaba de dónde vendrían aquellos ancianos, quiénes eran y qué habrían sido en la época en que aquel viejo fué un joven y cuando aquella viejecita tenía la tez frecca, la cintura delgada y los ojos juguetones.

Vivimos en las capitales años y años cerca de la gente, sin separarnos de unas mismas personas más que una pared, consumiéndose juntas nuestras vidas, sin confundirse jamás y morimos casi siempre sin haber podido apreciar corazones que han latido, amado y sufrido muy cerca de los nuestros.

Una tarde iba á entrar en mi casa, cuando sentí un golpe y algo que cayó á mis pies con gran estrépito: era una jaula, que quedó destrozada, y entre sus restos se agitaban alitas rotas y palpitantes.

El viejo se acercó á recoger los cadáveres mutilados y se disculpó conmigo con lágrimas en los ojos. Al día siguiente cantaban ya otros huéspedes en la verde ventana. La vieja adivinando el nombre del que había enviado el obsequio, vino con su marido á darme las gracias.

Entablamos relaciones con este motivo, pero se nececesitó mucho tiempo para que se decidiesen á levantar una puntita del velo que cubría su existencia.

A continuación la tierna historia que me contó la viejecita del pelo blanco:

***

—Nací en una aldea de nuestra Alsacia; á los diez años entré de criada en casa de un tío mío, el maestro de escuela, Sr. Meeser.

Allí tenía que barrer las clases, preparar la legía, hacer las limpiezas más pesadas. Mi tío me había recogido por caridad y me daba cama y cena y algunos pescozones, que yo merecería sin duda, porque siempre me encontraba cansada y muerta de fatiga. El era viudo y yo tenía que obedecer á su ama de gobierno, la señora Cristina, mujer mala, según la recuerdo ahora, después de tantos años.

Los muchachos, los alumnos, constituían mi gran terror. Sólo se ocupaban en decirme picardías y en llevar cuentos contra mí al señor maestro, que así le llamábamos.

El Sr. Meeser era muy severo y no me hubiera permitido nunca hablar con los chicos. La defensa era inútil; ni la intenté siquiera nunca. Uno solo me interesaba, porque era débil, tranquilo y muy dulce, con grandes ojos pintados por la fiebre y la espalda un poco encorvada. ¡Se le llamaba el Jorobado!

El maestro no le quería, porque faltaba muchas veces á la escuela, cuando su padre le enviaba al campo á cuidar de los patos.

Sus compañeros le tenían mala voluntad porque á pesar de sus faltas de asistencia, era siempre el primero y de todo sabía más que ellos. En las horas de recreo venía á sentarse en el brocal del pozo; yo le veía desde la ventana de la cocina siempre solo, silencioso, vagando sus miradas lejos, muy lejos, entre las nubes.

Un día me oyó llorar, porque acababan de pegarme. Me miró muy dulcemente, me tendió la mano y me dijo en voz muy baja:

—No llores, Clía, todos tenemos nuestros ratos de dolor. Suframos, pues, mientras seamos jóvenes. Ya llegará día en que se verá que no soy un bestia; tengo aquí dentro muchas ideas—y se golpeaba la frente. Entonces trabajaré y ganaré el sustento; cuando haya reunido lo bastante para vivir, vendré á buscarte y serás mi mujer. Di, ¿quieres tú serlo, Clía?

—¿Si quiero yo?

Le acerqué tirándole de la mano y le di un beso en la mejilla. Se retiró encendido como una amapola, y al verle así, también yo me puse roja sin saber el motivo.

Pasó algún tiempo, y el inspector, en su visita, reparó en el jorobado, quedando admirado de la inteligencia que manifestaba en sus respuestas. Le hizo obtener una beca de gracia en el Colegio de Nancy. De allí fué á París, y no volví á tener noticias suyas.

Sin embargo, no dudé de él, le esperaba; pero me dije á mí misma que un señorito (porque los muchachos del país dijeron que lo habían visto vestido á lo señor) no querría casarse con una criadita, y sobre todo, que un sabio como él no podía tomar por mujer á una ignorante que apenas supiera deletrear en una cartilla y contar por los dedos. Ocultamente escondí libros y cuadernos, y robando tiempo al sueño, trabajé para hacerme digna de él y acortar la distancia que nos separaba. De las propinas que me daban los padres de los muchachos economicé para comprar velas. Muchas veces me quedé dormida sobre el libro, y me despertaba la campana que tocaba la venida de los alumnos para entrar en la escuela. Algunas veces me pregunté todavía cómo mi salud, que era delicadísima, pudo resistir la vida que llevaba. ¡Qué hermosa es la juventud!

Algunas veces también, ya desalentada, me decía: «¿Para qué? Me ha olvidado en ese gran París, que dicen que es tan terrible para los jóvenes; ese París, que el Sr. Meeser llamaba cloaca. Pero luego recordaba los hermosos ojos del jorobado, y me parecía oir su voz segura, que me repetía: «Vendré á buscarte:»

El Sr: Meeser creyó que estaba loca el día que le hablé de examinarme. Por poco cae de espaldas cuando supo que me había dado la enhorabuena el Tribunal. Me ofreció la clase de párvulos y la rehusé. Vine á París, donde busqué lecciones de alemán, que encontré, y más tarde otras de francés, que obtuve con más dificultades.

Al cabo de un año recibí una carta que, dirigida á Alsacia, había corrido detrás de mí. Reconocí aquella letra, que había visto en otro tiempo en los cuadernos de la escuela del Sr. Meeser, y poco me faltó para desmayarme al leer estas líneas:

«Mi querida Clía: Acabo de ser nombrado profesor en París.

»Si me amas como te amo, iré á darte un abrazo dentro de seis semanas.»

Al pie estaban las señas: me metí en un coche de alquiler, cosa que no hacía dos veces en todo el año. Me encaramé cinco pisos de una casa, llamé y me abrieron.

—¡El señor jorobado!

—¡Clía de mi alma!

Caímos uno en brazos del otro, y nos pu



RODELA QUE USÓ CARLOS V

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Daimiel eño. El. #106. 29/7/1900